



EL FOGON *de los arrieros*

DICIEMBRE 1958
AÑO VI - N° 72

EL TELAR

Telar que vuelve, la cara toda llena de signos
extraños. Médula de los sueños asomando
por las mejillas, por los ojos que quieren decir
algo; esos rostros yacentes, esas delgadas manos
cruzadas sobre los edredones y los blancos linos,
quieran decir cómo y dónde,
quieran decir qué dibujos entrelazan, qué animales furiosos
entre los pajonales y las nubes,
entre los arroyos, ahora, cuando el frío
vuelve empujando las hojas de los árboles, arrastrando
su corona de pájaros oscuros en la llovizna
con unas raíces mojadas y unos rostros mojados y unos ojos mojados,
y una cara donde las gotas de agua resbalaban en su

(piel quemada
y sobre la caja de madera olvidada donde la niña de quince años
se quedó muerta. Muerta la niña. Muerta,
todavía entre lámparas amarillas y bajo la lluvia
que teje y desteje sus memorias
en estas tierras, en estas
tardees de invierno desoladas por el viento frío
que viene desde las llanuras,
que viene desde los hombres del sur, de sus gargantas de salitre,
que viene de la fluencia de cosas
con las que nos comunicamos,
de un vaso a otro, de una cabeza a otra cabeza, coronadas
de pensamientos diversos. Coronadas de figuras y tapices
que de pronto se abren como el sol
después de la lluvia, de caras que de pronto reconocemos y

(entendemos;
que son hermanas y son las mismas manos y las mismas conciencias
de nosotros, cuando el amor, el claro sol del amor,
las ilumina y las une, y la idea corre de una persona a otra,
y la sonrisa es una señal definitiva
como un telar

que hubieran tejido los ángeles fraternos cuyos perfumes
son las manos nuestras, y los sueños nuestros, como un telar
que se despliega sobre el suelo
y sobre el cual nos arrodillamos para señalar este rostro,
aquel sueño, esa noche memoriosa, aquel cuello,
aquella calle... y cuando alguien nos interrumpe
el proceso del sueño y nos despierta, cuando alguien nos llama
de la distracción y la creación, cuando alguien nos abre una

(puerta
y nos deja frente otra vez, al viento, a la lluvia, y volvemos
a despertar, y ya no sabemos más, nunca más,
nunca más amamos al otro ser, el telar, el tejido, se rompe,
se destroza, se pierde el telar, la conciencia, el sueño,
el sueño sí, irreparable. Agujereado, de cenizas. Queso
deshecho. Polvo al fin. Polvo. Partículas de caras,
pedacitos de ojos, desintegrados con restos de algún sueño,
aquella niña muerta, aquella niña de quince años muerta en el

(Chaco,
nuestra memoria, derramada, el vaso roto, el gajo caído
en la tormenta; y el entendimiento confundido
sobre el telar, sobre las figuras
que ya no conocemos, sobre las personas que nos hablan
de cosas que ya no entendemos, de las voces que entendíamos
cuando el amor no había destruido sino unido, tejiéndonos
unos en otros, entrelazados, unos cuerpos en los otros,
en una sola nube, en una sola tormenta, en una sola música,
en una sola lluvia, antes, antes de ese instante
en que alguien se aleja, o alguien se va, o algún amor se pierde
y cambiamos, ya no somos los mismos, ya no somos
los mismos.

ALFREDO VEIRAVE

Resistencia, 1958

Especial para "El Boletín de El Fogón de los
Arrieros"